

Ks. Robert Kantor

Papieska Akademia Teologiczna w Krakowie
Wydział Teologiczny w Tarnowie

La conversión al cristianismo como comienzo de las estructuras personales en la organización de las primeras comunidades cristianas

Este artículo nos presentará los métodos de conversión por los cuales el Evangelio se difundía “hasta los confines de la tierra”. La acción individual, el apostolado, las escuelas cristianas y la liturgia son algunos de los medios utilizados para atraer a los gentiles al conocimiento de la nueva religión¹.

La idea de conversión tal como la entendemos hoy, fue durante mucho tiempo absolutamente ajena a la mentalidad greco-romana. No se podía imaginar a un hombre que renunciara a la religión de su ciudad natal y de sus antepasados para entregarse de manera exclusiva a una religión diferente. Las religiones antiguas se hallaban ligadas de manera indisoluble a la vida familiar y civil. Todo hombre, precisamente porque formaba parte de una familia y de una ciudad, honraba a los dioses de éstas. La nueva religión había multiplicado sus conquistas. No obstante, en este camino se encontró varios obstáculos procedentes del interior o del exterior. Ninguno de éstos, sin embargo, pudo resistir por largo tiempo ante la fuerza invencible del cristianismo.

¹ Podemos mencionar aquí las obras de: G. Bardy, *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*, Bilbao 1961; Idem, *Les premiers jours de l'Eglise*, Paris 1941; A. D. Nock, *Conversion. The Old and the New in Religion from Alexander the Great to Augustine of Hippo*, Oxford 1933.

Días después del domingo de Pascua, los Apóstoles comenzaron a anunciar la Buena Nueva de Jesús muerto y resucitado. Muy pronto hubo en la misma Jerusalén numerosas comunidades que reunieron a los que su enseñanza había conquistado. Luego los predicadores se enardecieron y comenzaron a hablar de Jesús fuera de la Ciudad Santa: en Judea, Samaria, Galilea. Luego más lejos: en Fenicia, Cilicia, Siria, Chipre y Roma.

El mandato del Señor y la misión universal

Según el relato de los Hechos de los Apóstoles, Jesús aseguró a sus discípulos que serían sus testigos “en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8). Pero no es sólo en Hch donde se lee este mandato de Jesús. También Mateo y Marcos reproducen palabras parecidas, dichas en el mismo contexto. Lo importante es subrayar que la dimensión universal de su mensaje estuvo presente desde el comienzo de la predicación.

Ahora bien, la continuidad entre la misión de Jesús y la de la Iglesia ha sido subrayada en la tradición evangélica sobre todo por San Marcos, quien atribuye a Jesús, durante el ministerio terreno, el anuncio de la necesidad escatológica de la predicación universal del Evangelio (Mc 13, 10) y en Mc 14, 9 la expectativa de una misión de amplitud mundial.

Según San Marcos Jesús comienza predicando la conversión ante la inminencia del Reino de Dios². No se deja acaparar por los habitantes de Cafarnaún y proclama que ha salido para predicar también en otras partes³. La sección siguiente nos presenta a Jesús atendiendo salvíficamente a quienes han acudido a él desde más allá de Palestina⁴. La curación del poseso de Cafarnaún (Mc 1, 21-28) y el episodio del endemoniado de Gerasa (Mc 5, 1-20), quiere describirnos el primer paso del ministerio de Jesús entre los gentiles. La entera sección de los panes (Mc 6, 7 - 8, 30) puede representar un paradigma del paso de la misión de un auditorio gentil⁵. Después de la

² Mc 1, 14-15.

³ Mc 1, 39-40.

⁴ Mc 3, 7-11.

⁵ Cfr. R. Trevijano, *El pan del Evangelio de S. Marcos*, en Burgense 14 (1973), pp. 19-24.

curación del siervo del centurión, Jesús aseguró que jamás he encontrado en Israel una fe tan grande⁶.

El primer encuentro de Jesús con un pagano que narra la tradición apostólica⁷ da a conocer la entrada de los paganos en el Reino de Dios como una idea ya en pie desde largo tiempo⁸. Al salir Jesús en búsqueda de las ovejas perdidas (Mt 18, 12-14) como epifanía de la misericordia de Dios (Mt 2, 7), busca a los publicanos y pecadores (Mc 2, 16-17). Acogió también ocasionalmente a los paganos que acudían a él con espíritu de fe (Mc 7, 24-30). Su misión se dirigía pues, de modo llamativo a todos los marginados religiosamente. A la luz de esta predicación, se entiende que el Señor realizara algunos milagros también para los que no pertenecían al pueblo elegido, como en el caso del centurión (Mt 8, 5-13), de la mujer siro - fenicia (Mt 15, 21-28), de varios leprosos, entre los que sólo un samaritano volvió para darle las gracias (Lc 17, 11-19). Jesús no rehuyó del trato con samaritanos, como demuestra su conversación con la mujer de Siquem (Jn 4, 1-42) y el ejemplo que pone en la parábola del buen Samaritano (Lc 10, 25-37). Enseñó así de palabra y obra que la oferta de salvación vale para todos. Con todo esto daba los primeros pasos de lo que había de ser la misión universal de la Iglesia⁹.

Después de que Jesús fuera sepultado y su sepulcro quedara cerrado no es posible constatar mediante métodos empíricos lo que pasó allí. Nadie vio resucitar a Jesús ni el hecho mismo de su resurrección dejó una marca tangible que constituyera una evidencia para la historia. Sin embargo, disponemos de datos suficientes para consignar que los discípulos de Jesús, tras la muerte de su Maestro, habían quedado abatidos y atemorizados, pero al poco tiempo comenzaron a predicar, ya sin miedo y con absoluta confianza que el sepulcro estaba vacío y que Jesús se les había aparecido¹⁰.

⁶ “Os aseguro que jamás he encontrado en Israel una fe tan grande. Por eso os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el banquete del reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán echados fuera a las tinieblas; allí llorarán y les rechinarán los dientes” – Mt 8, 10-12.

⁷ Mt 8, 5-13; Lc 7, 1-10.

⁸ Cfr. R. Trevijano, *La misión de la Iglesia primitiva y los mandatos del Señor en los Evangelios*, en *Salmanticensis* 25 (1978), pp. 31-32.

⁹ Cfr. C. Basevi, *La expansión de la Iglesia*, en J. CHAPA, *Historia de los hombres y acciones de Dios*, Pamplona 2000, p. 196.

¹⁰ Así lo recogen los Evangelios y así lo afirma San Pablo: “Porque os transmití en primer lugar lo mismo que yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escri-

Los discípulos afirman que Jesús ha resucitado, se les ha aparecido y les ha entregado su Espíritu para anunciar a todos los hombres que Él es el Mesías profetizado en las Escrituras¹¹.

La fuente principal para el conocimiento de los orígenes de la Iglesia es la primera parte de los Hechos de los Apóstoles. Otras noticias más indirectas hay que buscarlas en las cartas de San Pablo. Antes del día de Pentecostés, San Lucas presenta primero al grupo de los discípulos, núcleo de la naciente Iglesia¹².

El evangelista nombra de manera explícita al grupo de los Doce Apóstoles, que será completado con Matías (Hch 1, 12-15), y a María, la madre del Señor. Este grupo de discípulos reunido en Jerusalén “constituía el núcleo de la primera Iglesia, aunque existían otros hermanos que habían seguido al Señor, y que seguramente vivían dispersos por Galilea”¹³.

El día de Pentecostés: “estaban todos juntos en el mismo lugar. de repente vino del cielo un ruido, semejante a un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lenguas como de fuego, que se repartían y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según el espíritu santo los movía a expresarse”¹⁴.

Este relato está lleno de simbolismo. Pentecostés era, a parte de la Pascua, y de la fiesta de los Tabernáculos¹⁵, tercera gran fiestas de los judíos. Se celebraba cincuenta días después de la Pascua y muchos israelitas peregrinaban ese día a Jerusalén. El origen de la fiesta era festejar el final de la cosecha de cereales y dar gracias a Dios por ella. Más tarde se añadió el mo-

turas; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas, y después a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía y algunos ya han muerto. Luego se apareció a Santiago, y después a todos los apóstoles. Y en último lugar, como a un abortivo, se me apareció también a mí” – 1 Cor 15, 3-8.

¹¹ Mt 28, 18-20; Mc 16, 14-18; Lc 24, 45-49; Jn 20, 21-23; Hch 1, 6-8.

¹² Hch 1, 12-14.

¹³ J. Orlandis, *Historia de la Iglesia*, Madrid 1974, pp. 1-2.

¹⁴ Hch 2, 1-4.

¹⁵ La fiesta de los tabernáculos o de las Cabañas, marcaba el final de las cosechas de otoño. Éxodo 23, 16 la llama fiesta de la cosecha. Representaba primitivamente la ofrenda a Dios de los productos de la tierra. Pero la fiesta recordaba también la estancia en el desierto (Lev 23, 42s). Cfr. A. George, P. Grelot, *Introducción crítica al Nuevo Testament*, Barcelona 1983, p. 125.

tivo de conmemorar la promulgación de la Ley dada por Dios a Moisés en el Sinaí. En definitiva, el acontecimiento de Pentecostés significa el comienzo del camino de la Iglesia que animada por el Espíritu santo, constituye el nuevo Pueblo de Dios que comienza a predicar el Evangelio a todas las naciones. Así pues, la Iglesia, universal en su origen, se manifiesta universal. De ella nacerán las diversas Iglesias locales, como realizaciones particulares de esa única Iglesia de Jesucristo¹⁶. Pentecostés y el discurso de Pedro manifiestan que el espíritu Santo da vida desde el principio a la comunidad. Los oyentes de Pedro no son solamente judíos de Jerusalén, sino que encontramos entre ellos partos, medos, habitantes de Mesopotamia, de Judea, de Egipto, romanos residentes en Jerusalén. Gran parte de ellos regresarán a sus propias casas y llevarán consigo la fe y los dones del Espíritu santo recibidos. Desde ahora no serán fundadores de Iglesias, pero sí “misioneros, y su acción esparcirá la semilla evangélica a lo largo y a lo ancho del Imperio romano”¹⁷.

Métodos de la conversión

A pesar de los obstáculos acumulados en su camino, el cristianismo conquistó al mundo greco-romano. En casi tres siglos, una religión considerada como ilícita, se ha convertido en una religión del emperador y del imperio. ¿Que medios se han utilizado para asegurar su éxito? ¿Con qué medios han obrado tan numerosas conversiones? A éstas y otras preguntas vamos a intentar responder en este capítulo.

La conversión individual

La conversión es ante todo un acto personal, un movimiento del espíritu que se vuelve por entero hacia Dios¹⁸.

El Evangelio de San Juan nos narra que un día se hallaba el Juan Bautista a orillas del Jordán con dos de sus discípulos cuando acertó a pasar Je-

¹⁶ Cfr. J. Chapa, *El nacimiento de la Iglesia*, en J. Chapa, *Historia de los hombres ...*, cit., pp. 183-184.

¹⁷ J. Lebreton, J. Zeiller, *El nacimiento de la Iglesia*, en: A. Fliche, V. Martín, *Historia de la Iglesia*, vol. I, Valencia 1976, p. 122.

¹⁸ Cfr. D. Ramos Lisson, *El testimonio de los primeros cristianos*, Madrid 1969, pp. 51-56; Cfr. Justino, *Dialogus cum Tryphone*, 7 en: PG 6, Migne, Paris 1857 (ed.) M. Marcovich, Berlin 1977; Cfr. Jn., 6, 44. “Nadie puede venir a mí si no lo trajere el Padre”.

sús. San Juan se le mostró a sus compañeros y éstos se apresuraron a unírsele. Uno de ellos era Andrés, hermano de Simón Pedro. Lo primero que hizo fue salir en busca de su hermano Simón y le dijo: “Hemos encontrado al Mesías. Y lo llevó a Jesús. Jesús, al verlo, le dijo: Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante té llamarás Cefas, es decir Pedro”¹⁹.

El mismo procedimiento individual encontramos desde los orígenes de la Iglesia. Todo creyente necesariamente es un apóstol. Una vez que ha conocido la verdad no tiene reposo hasta que consigue hacer partícipes de su felicidad a los miembros de su familia, a sus amigos, a sus compañeros de trabajo. De este tipo de apostolado es capaz todo el mundo, aun los más pobres, los más ignorantes, los más despreciados como los esclavos, los marineros, los comerciantes con sus clientes, siempre a la espera de noticias de los países lejanos. Bardy dice que “ninguna situación, ninguna condición, por humilde que sea, impide un reclutamiento de este género. Muy al contrario, no siempre son los ricos y los sabios los más aptos o los mejor situados para llevar a la Iglesia nuevos fieles: en primer lugar porque son poco numerosos en el cristianismo naciente; luego, sobre todo, porque han de vencer, entre los de su clase, prejuicios más tenaces. El verdadero marco de la obra personal es la clase popular: allí se conocen, se aman, se hablan con el corazón en la mano, de sus disgustos y de sus inquietudes, sin temor al respeto humano”²⁰.

San Justino, originario de Naplusa, en Palestina, había nacido de padres paganos, pero creció en un ambiente multireligioso. Justino, alma recta y leal, para encontrar la verdad, primero acude a los filósofos. Allí corrigió los diversos sistemas, y cuando ya estaba a punto de dejarse seducir por las enseñanzas de Platón, a orillas del mar, en un lugar donde había acudido para meditar en el silencio, encontró a un anciano. Entrando en conversación aquel anciano le mostró la insuficiencia del platonismo sobre los problemas fundamentales del alma y de su destino. En un momento determinado le dijo: “Ha habido en tiempos remotos y anteriores a los supuestos filósofos, hombres felices, justos y amados de Dios, que hablaban por el Espíritu Santo y proferían para el futuro oráculos que ahora se han realizado: se les llama profetas. Sólo ellos han visto y anunciado a los hombres la verdad sin consideración ni temor a nadie. No obedecían al deseo de la

¹⁹ Jn., 1, 35-45.

²⁰ G. Bardy, *La conversión...*, cit., pp. 294-295.

gloria, pero no decían sino lo que habían oído y visto, llenos del Espíritu Santo. Sus escritos subsisten aun ahora, y los que los leen pueden, si tienen fe en ellos, sacar toda clase de provecho, ya en cuanto a los principios, ya en cuanto al fin, sobre todo lo que el filósofo ha de conocer. No es que hayan hablado demostrativamente: por encima de toda demostración, eran testigos dignos de la verdad; pero son los acontecimientos pasados y presentes los que fuerzan a adherirse a lo que ellos han dicho. Los prodigios que han realizado ciertamente les merecen ser creídos, cuando han glorificado al Autor del universo, Dios y Padre, y cuando han anunciado al Cristo que procede de él, su Hijo. Esto no lo han hecho los falsos Profetas, henchidos del espíritu de error y de impureza, ni tampoco lo hacen ahora: por el contrario, tienen la audacia de realizar algunos prodigios para infundir estupor en los hombres, y glorifican a los espíritus del error y a los demonios. Pero ante todo, ruega para que las puertas de la luz té sean abiertas, porque nadie puede ver ni comprender, si Dios y su Cristo no le conceden el comprender”²¹. Justino, después de escuchar estas palabras se limita a añadir: “Díjome todas estas cosas y muchas otras más, que no es ahora ocasión de referir, y se marchó recomendándome las meditara y no lo he vuelto a ver. Pero un súbito fuego se encendió en mi alma y cobré cariño por los profetas y por esos hombres que son los amigos de Cristo y, reflexionando en mi interior acerca de todas las palabras, veía que esta filosofía era la única segura y provechosa”²².

La historia de Justino, a parte de que algunos autores²³ ven en ella una mezcla de la ficción y de la verdad, nos muestra un papel providencial de un anciano cristiano que le lleva a las puertas de la iglesia²⁴.

Clemente de Alejandría parece ya fuertemente orientado hacia el cristianismo cuando emprende los largos viajes que terminan en Egipto y constituyen un período importante en su vida espiritual. En *Stromata* recuerda que ha escuchado “los discursos llenos de vida y de claridad de algunos santos personajes. Uno, Jonio, florecía en Grecia; otros habitaban en la

²¹ Justino, *Dialogus cum Tryphone*, VII.

²² *Ibidem*, VIII, 1.

²³ Puech p. ej. opina que la narración de Justino está fuertemente estilizada y que la ficción se mezcla en ella con la verdad en una proporción muy difícil de discernir. Cfr. A. Puech, *Les apologistes grecs du II siècle de notre ère*, París 1912, pp. 48-50; 314-315.

²⁴ Cfr. E. Fink - Dendorfer, *Conversio. Motive und Motivierung zur Bekehrung in der Alten Kirche*, Frankfurt am Main 1986, pp. 25-35.

Magna Grecia; de estos últimos, uno era de Celesiria; el segundo, de Egipto. Otros más se hallaban en Oriente; entre otros había un Asirio; otro, en Palestina, era Hebreo de origen... al encontrar al último de mis maestros, el primero en realidad por su poder, a él me adherí y me quedé en Egipto para hacerme con sus tesoros cultos. Verdadera abeja de Sicilia, libaba el jugo de las flores que cubrían el campo de los profetas y de los Apóstoles y depositaba en el alma de sus oyentes una ciencia totalmente pura y, totalmente santa”²⁵.

Cipriano de Cartago encuentra la verdad en su propia patria. El instrumento de la Providencia, en este caso, es un sacerdote Ceciliano. El biógrafo del San Cipriano nos cuenta que: “Ceciliano ha sacado a Cipriano del error profano y lo ha llevado al conocimiento de la verdadera Divinidad”²⁶. Más tarde Cipriano, ya como obispo, guardó siempre las mayores consideraciones para Ceciliano y lo consideraba “no ya como amigo de su alma y un igual, sino como padre de su vida nueva”²⁷.

El apostolado cristiano

Cuando los Apóstoles desaparecieron, las comunidades en vez de llorarlos los imitan. La responsabilidad descansa sobre la comunidad entera. Todo creyente, como hemos dicho, es apóstol y se aprovecha de todas ocasiones para convertir a los que con él viven. El cristianismo cuenta con tantos apóstoles como fieles, y como observa Aubé “la predicación se extiende ella sola casi por todas partes, por la actividad de gentes desconocidas, sin misión instituida, Los gérmenes de la fe se contagian por las actuaciones libres de voluntades individuales”²⁸.

En general, los que se convierten en propagandistas de la doctrina de Cristo, son sobre todo los humildes, los pobres, los ignorantes. Son ellos que han sido ganados para la buena nueva, y el mensaje que a ellos mismos les ha conquistado lo anuncian a otros. Su predicación es modesta que “no se hacía bajo la luz de los focos, públicamente en plazas y mercados, sino

²⁵ Clemente de Alejandría, *Stromata*, I, I, 10, en D. Ruiz Bueno, *Los Padres Apostólicos*, Madrid 1968.

²⁶ Poncio, *Vita Cipriani*, I, (ed.) D. Ruiz Bueno, Madrid 1954.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ B. Aube, *Les chrétiens dans l'Empire de la fin des Antonins au milieu du III siècle*, París 1881, p. 145. Rara vez la iniciativa misionera procede de la jerarquía. No conocemos ningún caso de misionero enviado por un jefe de comunidad.

sin ruido, al oído, por medio de palabras dichas en voz baja, al amparo del hogar doméstico”²⁹. Los esclavos con sus dueños, los comerciantes con sus clientes, los soldados con sus camaradas de campamento, he ahí el ambiente natural en que mutuamente se reclutan los nuevos convertidos al cristianismo. Este tipo de propaganda no es algo exclusivo del cristianismo. Se la encuentra, por ejemplo, en el judaísmo³⁰, o en las religiones orientales³¹.

Los primeros evangelizados fueron los miembros de la propia familia. El Evangelio se extendía a todo el hogar, al cónyuge y a los hijos. San Justino cita el ejemplo de cristianos que lo son desde la infancia³². Uno de los compañeros de Justino afirma al prefecto Rústico de Roma: “Hemos recibido este mismo credo de nuestros padres”³³. Polícrates, obispo de Efeso, nos dice en la carta que envía al papa Víctor, que nació en una familia típicamente cristiana. Siete de sus parientes próximos fueron obispos y él es el octavo³⁴.

Desde San Pablo conocemos familias en las que los padres se convierten junto con sus hijos y con los domésticos. Ignacio de Antioquía, en su carta a los de Esmirna saluda “a las casas de los hermanos con sus mujeres y sus hijos”³⁵. Esta conversión está en el origen de estas familias cristianas donde la fe del jefe de la familia tenía un papel decisivo y normalmente arrastraba a toda la familia con él. Los amos cristianos evangelizan a los sirvientes y a los esclavos que tienen a su servicio. La Apología de Arístides afirma: “Los amos cristianos convencen a sus esclavos o a sus sirvientes y a los hijos, si los tienen, para que se hagan cristianos, y así se aseguran su

²⁹ Idem, *Histoire de persécutions*, Paris 1875, p. 378.

³⁰ Juvenal describe irónicamente los procedimientos de los judíos de su tiempo: “En cuanto se ha retirado, llega una judía temblorosa, que dejando su cesta, mendiga, a hurtadillas, a la oreja. Ella es la intérprete de las leyes de Solima, la gran sacerdotisa del árbol, la mensajera fiel del cielo supremo. También a ella se le llena la mano, pero con más parquedad. Por algunas moneditas, los judíos os venden todas las quimeras del mundo”. Juvenal, *Sátira*, VI, 542, (ed.) Gredos Madrid 1991.

³¹ Es interesante la influencia de los comerciantes levantinos, Egipcios o Sirios, en la difusión en Occidente del culto de los cantos orientales, o mercaderes de Alejandría los que han introducido sobre la ruta de Ostia el culto de San Menas. Cfr. F. Cumont, *Les Mystères de Mithra*, Bruselas 1900, pp. 13-34.

³² Justino, *Apología*, I, 15, 6, en: PG, 6, Minge, Paris 1857.

³³ *Acta Justini*, IV, 7.

³⁴ Eusebio de Cesarea, V, 24, 6, en: *Historia Eclesiástica*, A. Velasco-Delgado (ed.), Madrid 1973.

³⁵ Ignacio de Antioquía, *Carta a los Esmirniatos*, 13,1; en: (ed.) D. Ruiz Bueno, *ibidem*.

amistad, y cuando se han hecho cristianos los llaman ‘hermanos’, sin discriminación, pues ya están unidos en una misma comunidad”³⁶.

Un papel importante en la conversión tenían personajes conocidos en la sociedad. En Lyon, dos personajes de la buena sociedad, Atala y Vetio, son bien conocidos por las gentes modestas que abarrotan el anfiteatro, a quienes les han prestado servicios al mismo tiempo que les anunciaban la Buena Nueva. El médico Alejandro se ha mantenido activo mientras ejercía su profesión con los enfermos que acudían a él más que con sus colegas, de quienes no se hace mención alguna³⁷.

Los presos en sus prisiones, los exiliados en sus lejanas tierras, los condenados en sus canteras o en sus minas, son a menudo los instrumentos de la conversión. El obispo Dionisio de Alejandría, deportado a Kefro, encuentra allí abundantes consuelos: “Allí también nos mostró Dios la puerta para la predicación de su palabra. Al principio padecimos persecución y fuimos apedreados. Pero luego se convirtieron a Dios no pocos de los gentiles, abandonando los dioses. Porque fue aquella la primera vez que entre ellos se esparció por nosotros la semilla de la palabra divina, no habiéndola recibido antes. Y como si Dios nos hubiese llevado a ellos con ese fin, apenas cumplimos aquel ministerio, nos llevó nuevamente a otro lugar”³⁸.

El obispo de Antioquía, Demetriano, exiliado por los Persas, después de la toma de su ciudad episcopal, ejerce su ministerio entre los cautivos cristianos de Gundesapur. También los cristianos, hechos prisioneros por los Godos en Capadocia, a raíz de las invasiones hacia el año 250, se convierten “en los primeros apóstoles de esta nación bárbara”³⁹.

En Georgia se encuentra una cautiva cristiana, Nina, quien introduce el cristianismo en el país. Su virtud y su piedad comienzan a traer la atención general. Luego, sus oraciones consiguen la curación de un niño y la de la misma reina. El rey Mirián, movido por estos signos extraordinarios, se dirige a Constantino para pedirle sacerdotes, y de esta manera el pueblo entero abraza el cristianismo⁴⁰.

³⁶ Aristides, *Apología*, XV, 6; (ed.) O. Bardenhewer, Th. Schermann, K. Weyman, München 1913.

³⁷ Cfr. *Ibidem*, V, 1.

³⁸ *Ibidem*, VII, 11, 13.

³⁹ Sozomeno, *Historia Ecclesiae*, Paris 1983, II, VI. Cfr. J. Zeiller, *Les origines chrétiennes dans les provinces danubiennes de l'empire romain*, Paris 1918, pp. 407-409.

⁴⁰ Cfr. L. Duchesne, *Histoire ancienne de l'Église*, vol. III, Paris 1910, p. 521.

Hay también otros cristianos, a parte de todos estos, de quienes acabamos de hablar, que, sin ningún mandato regular, se constituyen en predicadores y prosiguen a través de largas peregrinaciones la obra de la conversión del mundo. Orígenes nos muestra este tipo de cristianos. Parece que conoce predicadores de esta clase porque habla de ellos en presente⁴¹.

Desde los orígenes hubo cristianos ardientes que se sintieron llamados a trabajar en la conversión de los paganos. Luciano y Celso han pintado de ellos retratos satíricos. El predicador de quien habla Luciano es un personaje concreto, nacido en Parium, y se llamaba Peregrino, a quien gustaba apellidarse Proteo. Luciano en su obra *De morte Peregrini* escribe: "Por entonces fue, escribe el satírico, cuando Peregrino aprendió a conocer la admirable sabiduría de los cristianos, tratando en Palestina con algunos de sus maestros y de sus exégetas. Pronto les hizo ver que eran unos niños en su comparación. El era el profeta de ellos, su jerarca y su jefe de asamblea, desempeñando por sí solo todos estos papeles. El era quien interpretaba, él quien parafraseaba sus libros; él mismo compuso un buen número. Los cristianos lo miraron pronto como a un dios. Aceptaron sus leyes e hicieron de él un personaje de primer plano. Proteo fue detenido y arrojado en prisión. Este acontecimiento le aseguró para el resto de la vida un gran prestigio del que benefició su actividad de hacedor de milagros y aquel deseo de ambición que en él era una pasión"⁴².

Los cristianos con sus conversaciones sobre la nueva fe y con su vida comunitaria, atraían la atención sobre sí. Los numerosos contactos sociales en la vida cotidiana se revelaban "captadores". Este tipo de captación la practicaban así todos los cristianos. En consecuencia el apostolado cristiano surgía doquiera llegaban los cristianos en su condición de marineros, emigrantes, mercaderes, funcionarios, soldados, esclavos o prisioneros de guerra. Así, pues, la misión durante los primeros siglos fue, como dice Brox "la manifestación consecuente y directa de la convivencia de cristianos y no cristianos"⁴³.

⁴¹ "Los cristianos, en cuanto de ellos depende, trabajan en difundir la doctrina en el universo entero. Para conseguirlo, algunos se han impuesto la tarea de recorrer no solamente las ciudades, sino también los poblados y las aldeas, a fin de atraer a los demás al servicio de Dios". Orígenes, *Contra Celsum*, III, 9, en: (ed.) D. Ruiz Bueno, Madrid 1969. Cfr. *Dia-ché* XI, 3-12; XII.

⁴² Luciano, *De morte Peregrini*, 11-12; ed. J. Alsina, Barcelona 1966.

⁴³ N. Brox, *Historia de la Iglesia primitiva*, Barcelona 1986, pp. 45-46.

Las escuelas cristianas

La familia cristiana es el medio natural en que deben formarse los hijos. Sin embargo, por importante que resulte esta función familiar, lo cierto es que no prescinde de lo complementario que es la formación doctrinal. Este papel fue desarrollado en las escuelas cristianas. La primera de que se hace expresa mención es la que abrió Justino en Roma. Allí imparte la verdadera doctrina a todos los que quieran buscarla. Su enseñanza es puramente privada y se dirigía tanto a los paganos como a los ya convertidos y cristianos de nacimiento⁴⁴.

Las principales escuelas cristianas fueron la de Alejandría, con su filial de Cesárea. Alejandría era una urbe cosmopolita, centro de la cultura helenística. La escuela de Alejandría tuvo por fundador a un siciliano Panteno que se estableció en esta ciudad hacia el año 180. Precisamente fue Alejandría donde Orígenes recibió por parte del obispo Demetrio el encargo de la enseñanza de la doctrina cristiana a los candidatos al bautismo. Eusebio señala, entre los discípulos de Orígenes, a Plutarco, hermano de Heraclas, a Sereno, dos catecúmenos, Heráclidas y Herais; a dos neófitos, Herón y a otro Sereno⁴⁵.

Muchos de los maestros cristianos no se contentaban con la enseñanza oral. Se aprovechaban de su formación intelectual para escribir libros destinados a hacer conocer el cristianismo a un público más amplio. Antes del año 150 hizo su aparición un nuevo estilo, que se podría denominar literatura cristiana de combate. La Iglesia como dice Orlandis “se hallaba empeñada en una dura batalla que había alcanzado amplitud inusitada y la que enfrentaba con enemigos de fuera y de dentro, con el hostil mundo pagano y con la herejía”⁴⁶. Así surgió apologética cristiana como expresión doctrinal de este combate por la fe y por la verdad de la Iglesia. Estos apologistas⁴⁷ continuaban una tradición que los Judíos habían inaugurado mucho antes. Así, pues, los apologistas cristianos, en el ejemplo dado por los Ju-

⁴⁴ H. I. Marrou, *Historia de la educación en la antigüedad*, Buenos Aires 1965, p. 398.

⁴⁵ Cfr. Eusebio de Cesarea, VI, 4, 2-3; J. Orlandis, *Historia de la Iglesia*, vol. I, *La Iglesia Antigua y Medieval*, Madrid 1986, pp. 88-89.

⁴⁶ J. Orlandis, *La historia ...*, cit., p. 81.

⁴⁷ La Apologética cristiana fue la obra de los Apologistas, un grupo de escritores, que asumieron la tarea de defender y vindicar el Cristianismo ante el mundo gentil. Sus obras estaban pensadas y escritas para un público de lectores paganos, y en primer término para los emperadores o autoridades romanas. Cfr. *Ibidem.*, p. 82.

díos, exponían ante el gran público la causa de su religión. Al hacerlo, se proponían un doble fin: defender al cristianismo contra las acusaciones injustas y obtener por él el derecho legal a la existencia por un lado, y por el otro, atraer a los paganos a la fe mostrándoles la verdad de las enseñanzas evangélicas⁴⁸.

Ahora bien, no parece que los apologistas cristianos hayan provocado muchas conversiones y no por su insuficiencia intelectual. En la época en que componen sus apologías la opinión pública no se interesa por el cristianismo. Más fácil es, como constata Bardy, “divertirse con las fantasías de Luciano, perder el tiempo con las vacías vulgaridades de Frontón, o, si se prefieren cosas serias, sacar provecho de las reflexiones morales de Plutarco, de Epicteto o de Marco Aurelio”⁴⁹. Por eso los apologistas cristianos son desconocidos porque para llamar la atención de las masas, los libros son inútiles, hacen falta cantos populares, procesiones y milagros.

La liturgia cristiana

Las religiones orientales que invadieron el imperio romano poseían liturgias muy emocionantes para retener la curiosidad de los profanos y para atraerlos. Las religiones antiguas se hallan ligadas de manera indisoluble a la vida familiar y civil. Todo hombre libre, precisamente porque forma parte de una familia y de una ciudad, honra a los dioses protectores de éstas. En Roma, donde en los principios de la era cristiana se dan cita gentes de todas las naciones y de todas las razas, los cultos extranjeros son innumerables y cada uno de ellos tiene su templo, sus sacerdotes, sus ceremonias que atraen a los ciudadanos.

Ahora bien, ¿Qué podía oponer el cristianismo a las lujosas y variadas ceremonias de los cultos paganos? Durante los primeros siglos los fieles ni siquiera disponían de edificios reservados exclusivamente para su culto. Se reunían donde podían, en la casa de un de sus hermanos, en la sala de conferencias o al aire libre, en los alrededores de la ciudad. Celebraban la Eucaristía entre ellos y no admitían que un desconocido asistiera a la fracción del pan. Cuando un extranjero se presentaba, se le recibía con alegría si podía presentar letras de comunión escritas o firmadas por su obispo⁵⁰.

⁴⁸ Cfr. G. Bardy, *La conversión ...*, cit., p. 323.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 327.

⁵⁰ Desde los primeros tiempos del cristianismo solían exigirse de los cristianos las cartas testimoniales. El sínodo de Elvira, hacia el 300, regula escrupulosamente su uso.

Ahora, suponiendo que un pagano hubiera podido asistir a una ceremonia cristiana ¿podía encontrar en ella algo que fuera capaz de provocar su entusiasmo? Entrando en una sala, al fondo podía encontrar una mesa. Luego podía ver los fieles colocados en buen orden, los hombres a un lado y las mujeres al otro. Después habría oído las lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento y, como observa Bardy, “sin duda no habría comprendido gran cosa de las profecías y se habría burlado gandemente del arca de Noé, de la burra de Balaam, de la ballena de Jonás”⁵¹. Posteriormente, tenía lugar un sermón, que era un comentario alegórico o moral de una de las lecturas. A continuación podía ver una cosa curiosa, que los hermanos se acercaban a la mesa para recibir el pan consagrado y que los diáconos recogían cuidadosamente las partículas destinadas a los ausentes⁵².

Realmente, nada de esto podía rivalizar en solemnidad con las grandes ceremonias paganas de las cuales ya hemos hablado. No obstante, si nuestro extranjero tenía el alma religiosa, la simplicidad y el orden que ha visto, le habría hecho reflexionar. Podía adivinar el espíritu de caridad de los cristianos que entre ellos se daban el nombre de hermanos, que rezaban por los ausentes, por los enfermos, por los presos, que enviaban las limosnas a todos los suyos que se encontraban en necesidad. También las comidas, aunque nada tenían que ver con la liturgia, eran rociadas de fervor religioso⁵³.

⁵¹ G. Bardy, *La conversión ...*, cit., p. 333.

⁵² Justino en su Apología nos ha dejado una descripción de la reunión dominical: “Se lee según el tiempo disponible, las Memorias de los Apóstoles y los escritos de los profetas. Después el lector calla y el presidente toma la palabra para exhortarnos a imitar los buenos ejemplos que acaban de ser citados. A continuación todos se ponen en pie y se hacen las oraciones. Por último, como ya hemos descrito, acabada la oración, se llevan pan, vino y agua. El jefe de la comunidad ora y da gracias con todas sus fuerzas; el pueblo responde con la aclamación Amen. Después se distribuye a cada uno los alimentos consagrados y se envían a los ausentes por medio de los diáconos”. Justino, *Apología*, I, 67.

⁵³ Tertuliano habla de ellas en términos emocionantes: “Nadie se sienta a la mesa sin la previa oración. Se come según la necesidades de los comensales. Bébese con la sobriedad conveniente a pechos honestos. Así cena cada uno como quien se acuerda que también aquella noche ha de adorar a Dios. Así se platica como quien atiende a que Dios oye las palabras. Hechos los lavados y encendidas las lucernas se invita a que cada uno salga en medio de la congregación y alabe a Dios a tenor de la Sagrada Escritura, o según su devoción le inspire, prueba que patentiza la frugalidad de la cena. El convite así no puede terminar sino en oración”. Tertuliano, *Apologet.*, XXXIX, 17-18. Cfr. A. Hamman, A., *La vida cotidiana de los primeros cristianos*, Madrid 1985, pp. 153-226.

En el siglo II, algunos cristianos tenían la costumbre de invitar a la cena a miembros de la comunidad, eligiendo preferentemente personas necesitadas. Griegos y africanos daban a esta cena el nombre de comida de amor o ágape⁵⁴. Desde los primeros tiempos, los cristianos poseían himnos y cánticos. San Pablo recomienda a los Colosenses que se instruyan y se exhorten a sí mismos, que canten con acción de gracias, en sus corazones, a Dios himnos, salmos y cánticos espirituales⁵⁵. Plinio el Joven, a comienzos del siglo II, escribe a Trajano que los cristianos en sus reuniones cantan himnos a Cristo como a un Dios⁵⁶. Junto a los cantos de la Iglesia, hay que citar como instrumentos de propaganda y medios de conversión, canciones destinadas al toco público de la calle, compuestas para ser aprendidas de todos⁵⁷.

La liturgia cristiana de los primeros tiempos del cristianismo vertebraba el transcurso de los días. Encontramos sus huellas en los frescos de las catacumbas, en las inscripciones de las casas, en los epitafios de los sarcófagos, en la gesta de los mártires y en la literatura estimulante.

Así, pues, en la Iglesia naciente, todos, los obispos, fieles pusieron manos a la obra para que la Buena Nueva se extendiera en varios ámbitos utilizando varios medios para conseguirlo. Por medio del apostolado individual, por medio de la predicación pública, por medio del ejemplo de sus virtudes, por medio de la enseñanza oral, por medio de las apologías escritas, por medio de la liturgia, todos ellos prepararon en menos de tres siglos la transformación del mundo greco-romano.

⁵⁴ Plinio el Joven nos da la primera referencia sobre este tipo de reuniones cuando escribe: "Los cristianos apresados reconocen que se reúnen para tomar juntos un alimento ordinario y perfectamente inocente". Plinio el Joven, *Epístola*, X, 96, en: Casa de la Biblia, Madrid 1994.

⁵⁵ Col 3, 16. Parecida recomendación dirige San Pablo a los Efesios: "Llenos del Espíritu, hablándoos los unos a los otros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando y tañendo en vuestro corazón al Señor, haciendo gracias continuamente por todo al que es Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo". Ef., 5, 18-20.

⁵⁶ Cfr. G. Bardy, *Les premiers jours de l'Eglise*, Paris 1941, p. 176.

⁵⁷ Conocemos un ejemplo de Arrio, que, según testimonio de Filostorgio, compuso, con fin de popularizar sus enseñanzas, canciones para uso de los marinos, de las dotaciones, de los viajeros, de tal modo que los puertos y los mercados de Alejandría resonaban con esos cánticos de un género nuevo. Filostorgio, *Historia Ecclesiae*, II, 2; (ed.) J. Bidez, Berlin 1981.

La conversión de las familias nobles

El cristianismo había penetrado en todos los estratos de la sociedad, y precisamente ésa es la razón por la cual las comunidades se hallaban integradas por personas de muy diversa clase, desde esclavos y libertos hasta individuos de elevada condición. Así que había en las comunidades matronas, señoras con siervos, magistrados municipales y hasta *flamines*⁵⁸, antiguos sacerdotes del culto imperial. Estos últimos, habían abandonado su cargo y lo mismo tuvieron que hacer al convertirse los actores teatrales y aurigas del circo⁵⁹.

El cristianismo había contado desde el principio con adeptos, no sólo de entre las aristocracias y burguesías provinciales, sino también en las familias de la nobleza romana de rango senatorial y consular. J. Orlandis nos trasmite el testimonio de un hispano, Aurelio Prudencio, quien se refería de modo expreso a esta recepción del cristianismo por la aristocracia. “Son innumerables – decía – las familias de la nobleza que se han adherido al signo de Cristo y se han liberado del tremendo abismo del culto abominante de los ídolos”⁶⁰.

Entre los convertidos al cristianismo en los primeros tiempos, se halla encontrado algunos miembros de la clase senatorial. El testimonio más antiguo que nos muestra los personajes del primer rango de la sociedad y que se encuentran en las primeras comunidades cristianas es la carta del Apóstol Santiago: “Supongamos que en vuestra asamblea entra un hombre de sortija de oro y espléndidamente vestido”⁶¹. También San Pablo en sus cartas menciona a la gente perteneciente a la clase noble: “Os saludan también todos los creyentes, especialmente los de la casa del emperador”⁶²; “Saludos para mi paisano Herodión y para los cristianos de la casa de Narciso”⁶³.

⁵⁸ Los flamines fueron sacerdotes especializados en el culto a una divinidad concreta. Cada uno de ellos era totalmente autónomo respecto a los demás, actúa en solitario y dedica sus actos a un dios particular. Existían quince *flamonia*, tres mayores y doce menores. Naturalmente los flamines mayores tuvieron mayor importancia y se les denominaba *Dialis*, por estar dedicado a Júpiter, Marte y Quirinio. J. M. Blázquez, *Historia de las religiones antiguas. Oriente, Grecia y Roma*. Madrid 1993, p. 414–415.

⁵⁹ Cfr. J. Orlandis, *La conversión de Europa al cristianismo*, Madrid 1988, p. 27.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 28.

⁶¹ Sant 2, 2.

⁶² Flp 4, 22.

⁶³ Rom 16, 11.

Es evidente que en la comunidad naciente del Corinto no se encuentra más que algunos nobles. Lo contrario nos sorprendería, puesto que en cada sociedad, la aristocracia es naturalmente menos numerosa⁶⁴. En Tesalónica, dentro de una multitud que abrazó la fe cristiana, según San Lucas se encuentran muchas mujeres nobles⁶⁵.

Un grupo de nobles acompañó a Pablo en el camino a Berea⁶⁶. En Atenas, San Pablo convirtió a uno de los miembros del consejo de Areopago llamado Dionisio⁶⁷. Aunque no sabemos nada más de este personaje, el mismo hecho de que ha sido el miembro del consejo de Areopago confirma de que gozaba de un rango elevado. Inicialmente la mayoría de los miembros de este consejo provenía de la aristocracia. En la época de la dominación romana se ha producido un cambio en la reclutación de los miembros. Desde entonces las plazas en el dicho consejo se obtenía por la elección⁶⁸.

En Chipre el procónsul Sergius Paulus se convirtió en el tiempo de estancia de San Pablo en esta región⁶⁹. Este personaje pertenecía a la *gens* Sergia de donde salió un cónsul L. Sergius Paulus en el año 168⁷⁰.

En Bitinia, en el principio del siglo II vemos un grupo importante de los cristianos. Plinio nos dice que en el año 112 entre estas personas se encontraban las convertidas desde más que 20 años. Entre estos últimos se encontraban unos nobles “multi omnis ordinis vocantur in periculum et vocabuntur”⁷¹.

Si los extranjeros y las gentes modestas fueron los primeros en abrazar el Evangelio, ya desde el siglo II la corte imperial se abre también al Evangelio. La penetración cristiana llegaría, incluso, a alcanzar los círculos de la corte imperial, algo que los miembros de la dinastía Flavia habían favorecido tanto que llegarían a incrementar la presencia de una rama de dicha familia entre los adeptos cristianos. El cónsul Flavio Clemente, hijo de

⁶⁴ Cfr. H. Leclercq, *Aristocratiques*, en: DACL, p. 2846.

⁶⁵ Hch 17, 4.

⁶⁶ *Ibidem*, 17, 10–12.

⁶⁷ *Ibidem*, 17, 34.

⁶⁸ Algunos ciudadanos romanos, por ejemplo un cónsul, recibían el título de Aeropagita. Cfr. H. Leclercq, *Aristocratiques* ..., cit., p. 2846.

⁶⁹ Hch 13, 12.

⁷⁰ Cfr. H. Leclercq, *Aristocratiques* ..., cit., p. 2846.

⁷¹ Plinio el Joven, Epístola 10, 97. Cfr. J. A. Campbell, *Noble Christian families in Rome under the pagan emperors*, en *The Dublin review* 126 (1900), p. 356.

Flavio Sabino, primo hermano de Domiciano, había gozado, hasta el momento de su condena, del favor directo del emperador, quien, al no contar con descendientes legítimos, y buscando mantener el poder imperial en el seno de la casa de los Flavios, había designado como sucesor suyo a los hijos del propio Clemente, quienes, además, eran descendientes directos de su antecesor Vespasiano por parte de Flavia Domitila⁷². Como consecuencia de ello la influencia de Clemente ante Domiciano fue creciendo hasta alcanzar el consulado en compañía del propio emperador. No obstante, a partir del mayo del 95 cae en desgracia junto con su mujer: “Domiciano dio pruebas de una gran crueldad para con muchos, dando muerte sin un juicio razonable a no pequeño número de patricios y de hombres ilustres, y castigando con el destierro fuera de las fronteras y confiscación de bienes a otros innumerables personajes sin causa alguna. Terminó por constituirse a sí mismo sucesor de Nerón en la animosidad y guerra contra Dios. Efectivamente, él fue el segundo en promover la persecución contra nosotros a pesar de que su padre Vespasiano nada malo había planeado contra nosotros”⁷³, de manera que su condena provocaría la ira de Domiciano contra la comunidad de los cristianos de Roma y, en general, contra este colectivo en todo el Imperio⁷⁴. Un fragmento de Bruttio, historiador de los siglos II o III, conservado en Eusebio de Cesárea, afirma que en el transcurso del año decimoquinto del reinado de Domiciano, es decir el año 95, fue condenada y deportada, en compañía de otros muchos, a la isla de Pontia, a causa de su fe en Cristo, Flavia Domitila, hija de una hermana de Flavio Clemente: “Más es de saber que de tal manera brilló por aquellos días la enseñanza de nuestra fe, que hasta los escritores alejados de nuestra doctrina no vacilaron en transmitir en sus narraciones la persecución y los martirios que en ésta se dieron. Incluso indicaron con toda exactitud la fecha al referir que en el año decimoquinto de Domiciano, Flavia Domitila, hija de una hermana de Flavio Clemente, uno de los cónsules de aquel año en Roma, jun-

⁷² Sobre Flavia Domitila consulte: H. W. Richte, *Zur Lebensgeschichte der Flavia Domitilla, die Frau Vespasians*, Historia 21 (1972), pp. 759 ss.; V. Fasola, *Domitilla, martyre romaine de la persécution de Domitien*, DHGE 14 (1960), pp. 360-362; J. Knidsen, *The Lady and the emperor. A study of the Domitian Persecution*, ChH 14 (1945), pp. 17-32.

⁷³ Eusebio de Cesarea, III, 17.

⁷⁴ Cfr. N. Santos Yanguas, *Cristianismo e imperio romano durante el siglo I*, Madrid 1994, p. 68.

to con otros muchos, fue castigada con el destierro a la isla de Pontia, por causa de su testimonio sobre Cristo”⁷⁵.

La irritación de Domiciano apuntó también a otra víctima ilustre de la aristocracia romana, a lo que parece convertida al cristianismo, M. Acilio Glabrión, cónsul que fue con Trajano el año 91. El más antiguo cementerio cristiano, destinado al uso exclusivo y colectivo de los miembros de la cristiandad romana, fue una propiedad de los Acilios sobre la vía Salaria⁷⁶. Según el historiador Suetonio, Acilio Glabrión encontró la muerte, en compañía de Salvidieno Orfito: “Domiciano mandó matar a muchos senadores, entre los que habían algunos consulares. De ellos, a Cívica Cereal, procónsul del Asia; a Salvidieno Orfito y Acilio Glabrión, que estaba desterrado, los acusó de supuestas conjuras contra el régimen; a los otros los ejecutó por la más ligera causa”⁷⁷; “A Glabrión, que había ejercido la magistratura junto con Trajano, le mandó matar, acusado, entre otras cosas, de lo mismo que el resto de las víctimas, y particularmente el de que combatía con las fieras”⁷⁸.

En el cementerio de Calixto ha sido descubierta la inscripción cristiana de Pomponius Graecinus. De ahí está claro que al menos otro miembro, un varón de la *gens* Pomponia perteneció a la familia cristiana, en el tiempo cuando la lengua griega fue empleada en las lápidas. La indicación señala el período muy temprano de la era cristiana. La *gens* Pomponia fue primera o una de las primeras casas de la nobleza romana que ha abrazado la fe cristiana. El marido de Pomponia Graecina fue Titus Aulus Platinus. Tal como él, según la costumbre de las familias nobles, ella tuvo que recibir los tres nombres. Por parte del padre recibió el nombre de la *gens* – Pomponia; por parte de su madre cognomen – Graecina; y praenomen que en su caso es desconocido⁷⁹. Tácito hablando sobre los nobles menciona

⁷⁵ Eusebio de Cesarea, III, 18, 4. Este testimonio confirma Dión Casio, quien nos dice, que durante este mismo año: “Domiciano hizo dar muerte, junto con otros muchos, al cónsul Flavio Clemente, a pesar de ser su sobrino y tener como mujer a Flavia Domitila, familiar suyo igualmente. A los dos se los acusaba de ateísmo, crimen por el que fueron también condenados otros muchos que se habían pasado a las costumbres judaicas. De ellos, unos murieron; a otros se les confiscaron sus bienes; en cuanto a Domitila, fue desterrada a la isla Pandataria”. Dión Casio, *Historia Romana*, 67, 14, (ed.) Gredos Madrid 2004.

⁷⁶ Cfr. C.I.L., VI, 31680.

⁷⁷ Suetonio, *Domiciano*, 10, 2, en: Suetonio, *Vida de los doce césares*, Madrid 1992.

⁷⁸ Dión Casio, *Historia ...*, cit., 67, 14.

⁷⁹ Cfr. J. A. Campbell, *Noble Christian ...*, cit., p. 360.

también a Pomponia Grecina: “Se devuelve al rango senatorial a Lurio Varo, ex cónsul, expulsado antaño por cargos de concusión. Pomponia Grecina, dama ilustre casada con Plaucio, de quien ya conté que había obtenido la ovación por su campaña contra los britanos, acusada de superstición extranjera, fue entregada al juicio de su marido. Éste, siguiendo la costumbre de los antiguos, hizo en presencia de sus parientes una indagación en la que se juzgaba de la vida y fama de su esposa, y la proclamó inocente. Tuvo esta Pomponia vida larga y siempre triste; pues tras la muerte de Julia, hija de Druso, debida a una maquinación de Mesalina, vivió por cuarenta años sin otro atuendo que el del luto, sin otro ánimo que el de una persona afligida”⁸⁰.

Uno de los más importantes lugares de las Catacumbas de Calixto ocupa la cripta donde la virgen y mártir Santa Cecilia fue enterrada después de su muerte en el principio del siglo III. Las actas de su martirio nos dicen que ella pertenecía a una familia noble. En la cripta de la mártir fue descubierto un fragmento de sarcófago con la inscripción: *(octa)vius Caecilianus vir clarissimus in pace depositus ... maias ... vixit*. Cerca de éste se ha encontrado el otro fragmento: *Attica clarissima femina*. Ambos fragmentos son del siglo cuatro. Como es sabido, el epíteto *clarissima* indica el rango senatorial. En la cripta de Luciano, también en el mismo siglo, se encontró el fragmento donde leemos: *Pompeia Octavia Attica Caeciliana clarissima puella quae vixit menses... et dies XV*⁸¹.

Werner Eck⁸² nos da otros nombres que abrazaron la fe cristiana y que pertenecieron a la clase noble de la sociedad. Entre aquellos encontramos a Astirio proveniente de Cesarea de Palestina. De él da el testimonio Eusebio diciendo que en Cesarea de Palestina: “se recuerda a Astirio por su gran franqueza, agradable a Dios. Era miembro del senado romano, favorito de los emperadores y de todos conocidos por su noble linaje y por su hacienda. Se hallaba presente cuando se ejecutaba al mártir, y, arrimando su hombro, levantó el cadáver sobre su espléndida y rica vestidura y se lo llevó para enterrarlo con gran magnificencia y darle digna sepultura. Los llegados y co-

⁸⁰ Tácito, *Annales*, cit., XIII, 32.

⁸¹ Cfr. H. Leclercq, *Aristocratie* ..., cit., p. 2868.

⁸² W. Eck, *Das Eindringen des Christentums in den Senatorenstand bis zu Konstantin d. Gr.*, en *Chiron* 1 (1971), pp. 381-406.

nocidos de este hombre que han sobrevivido hasta nosotros recuerdan otras innumerables hazañas suyas, incluida la que sigue, portentosa”⁸³.

Otro miembro perteneciente a la clase senatorial es Iunia Lepida, la hija de M. Silanus: “Se hizo entrar entonces a unos que, bajo el nombre de denunciantes, hicieron contra Lépidia, esposa de Casio y tía de Silano, la falsa acusación de incesto con el hijo de su hermano y de haber llevado a cabo ritos nefandos. Se incriminaba como cómplices a los senadores Volcacio Tulino y Marcelo Cornelio, y al caballero romano Calpurnio Fabato”⁸⁴.

En una inscripción de Cesarea de Mauretania figura el nombre de M. A. I. Severianus, vir clarissimus, cuya mujer, Aquila fue ejecutada en 258 ó 304. La inscripción dice lo siguiente: “*Aream at sepulchra cultor verbi contulit et cellam struxit suis cunctis sumptibus: ecclesiae sanctae hanc reliquit memoriam. Salvete, fratres puro corde et simplici, Eulepius vos sa(lu)to sancto spiritu. Ecclesia fratrum hunc restituit titulum. M. A. Y. Severiani c(larissimi) v(iri). Ex ing(enio) Asteri*”⁸⁵.

En el año 185 fue martirizado Apollonius de quien escribe Eusebio: “Pero esto no podía soportarlo el demonio, aborrecedor del bien y envidioso como es por naturaleza, y en consecuencia se preparaba de nuevo para el combate mientras iba maquinando variadas asechanzas contra nosotros. En la ciudad de Roma condujo ante los tribunales a Apolonio, varón famoso entre los fieles de entonces por su educación y filosofía, y para acusarlo suscitó a un ministro suyo cualquiera, gente apropiada para estas faenas”⁸⁶.

Eck en su artículo da a conocer otros personajes pertenecientes a la clase senatorial que se convirtieron al cristianismo. Entre ellos encontramos: Crispina de Thagara de la provincia de África proconsular, Soteris, Cassia Faretria, *clarissima femina*, Curtia Catiana, *clarissima puella*, Fabia Speranda, *clarissima femina*, Hydria Tertulla, *clarissima femina*, Luria Ianuaria, *clarissima femina* - la mujer de *vir egregius* Caelius Felicissimus, Petronia Auxentia, *clarissima femina*, Varia Octabina, *clarissima femina*, Prisca,

⁸³ Eusebio de Cesarea, VII, 16.

⁸⁴ Tácito, *Annales*, XVI, 8, 2, (ed.) José Luis Moralejo, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 1984. También San Pablo menciona a Iunia Lepida cuando termina la carta a los Romanos: “Saludad a Andrónico y a Junias, mis paisanos y compañeros de prisión, insignes entre los apóstoles, y cristianos incluso antes que yo”. Rom 16, 7.

⁸⁵ C.I.L., VIII 9585.

⁸⁶ Eusebio de Cesarea, V, 21, 2.

de quien habla Lactancio: “Así pues, el Emperador estaba furioso no sólo con los servidores de palacio, sino también con todo el mundo. Y, antes que a nadie, obligó a su hija Valeria y a su esposa Prisca a que se mancillasen ofreciendo sacrificios. Fueron muertos eunucos hasta entonces muy influyentes, de los que despendían el sostenimiento del palacio y del Emperador mismo”⁸⁷, C. Iulius Nestorianus y su hija Ga. Iulia Flaviana, Vet. Publilius Potitus, *clarissimus vir* y otros⁸⁸. Eusebio habla también de una mujer, Sofronia, que como tantas otras, soportó los mismos combates que los hombres y que se llevó premio por su virtud. Dice Eusebio: “Pero la más extraordinariamente admirable fue aquella mujer de Roma, la más noble en verdad y la más casta de todas cuantas el tirano de allí, Majencio, intentara atropellar, imitando a Maximino”⁸⁹.

Así, como podríamos ver, el pluralismo social era el rasgo dominante de las primeras comunidades cristianas. Aunque la mayoría que abrazó la fe cristiana provenía de las clases bajas de la sociedad, sin embargo, no podemos olvidar de la aristocracia, la gente noble, que jugaba un papel importante en la propagación de la fe y en la creación de las primeras estructuras personales en la organización del cristianismo. Ellos eran los que ofrecían sus casas para las reuniones y los medios para su funcionamiento. Un pluralismo semejante se daba en el siglo II en las iglesias de Vienne y Lyon, cuando sobrevino la persecución del año 177: junto a esclavos, figuraban en ellas nobles matronas y ricos ciudadanos romanos.

⁸⁷ Lactancio, *Sobre la muerte de los perseguidores*, XV, 1, (ed.) Apostolado Mariano, Sevilla 1991.

⁸⁸ Cfr. W. Eck, *Das Eindringen ...*, cit., pp. 388–392.

⁸⁹ Eusebio de Cesarea, VIII, 16.

Nawrócenie na chrześcijaństwo jako początek struktur personalnych w organizacji pierwszych wspólnot chrześcijańskich

Streszczenie

Idea nawrócenia w takim znaczeniu, jak ją dzisiaj pojmujemy, była przez długi czas zupełnie obca mentalności grecko-rzymskiej. Nie można było sobie wyobrazić, aby człowiek zrezygnował z religii miasta, w którym się urodził czy religii swoich przodków, aby związać się w sposób absolutny z obcą religią. Starożytne religie były ściśle związane z życiem rodzinnym i miejskim. Każdy człowiek, ponieważ był związany tymi więzami czcił bogów rodziny i miasta.

Po Zesłaniu Ducha Świętego, Apostołowie zaczęli głosić Dobrą Nowinę o Jezusie, Jego śmierci i zmartwychwstanie. Bardzo szybko w samej Jerozolimie powstały wspólnoty, które pozytywnie odpowiadały na naukę Apostołów.

Niniejszy artykuł przedstawia metody nawrócenia, poprzez które Ewangelia rozszerzała się „aż po krańce świata”, oraz konsekwencje tego faktu w postaci zjawiska, które z dzisiejszego punktu widzenia nazwalibyśmy duszpasterstwem personalnym. W rozdziale pierwszym ukazany jest nakaz Chrystusa do głoszenia Ewangelii i jego wymiar uniwersalny. Są tu przedstawione podstawy, jakie dają „prawo” uczniom Chrystusa do głoszenia Dobrej Nowiny. W drugim rozdziale są ukazane konkretne metody nawracania. Najpierw nawrócenie indywidualne. (*La conversión individual*) Nawrócenie jest przede wszystkim aktem personalnym. Ukazane jest tu przyłgnięcie do Ewangelii najpierw przez apostołów, a potem przez św. Justyna, św. Klemensa Aleksandryjskiego, św. Cypriana. Następnie jest mowa o apostołacie chrześcijańskim (*El apostolado cristiano*). Niewolnicy dowiadywali się o Ewangelii od swoich właścicieli, kupcy od sprzedawców a żołnierze od swoich dowódców. Ważną rolę w nawracaniu odegrały osoby znaczące w społeczeństwie. Tak było np. z Aleksandrem lekarzem, który wykonując swoje zadania wobec chorych, „przemycał” im Dobrą Nowinę. Innym przykładem jest biskup Antiochii Demetrio, który wygnany przez Persów wykonywał swój apostołat (duszpasterzował) wśród wygnańców w Gundesapur. Rodzina chrześcijańska jest naturalnym ośrodkiem wychowywania dzieci. Rodzina nie mogła jednak zapewnić formacji doktrynalnej. Ta była rozwijana w szkołach chrześcijańskich. (*La escuela cristiana*) Jedną z głównych szkół chrześcijańskich mieściła się w Aleksandrii – mieście kosmopolitów, w którym ścierały się różne kultury, języki i rasy – oraz Cezarei. Liturgia chrześcijańska (*La liturgia cristiana*) to kolejna z metod skłaniających do nawrócenia. W Rzymie, gdzie na początku I w. spotykamy ludzi wielu narodów i ras, były niezliczone kultury, a każdy z nich miał swoje świątynie, kapłanów oraz ceremonie, które przyciągały mieszkańców. W tym samym czasie chrześcijanie nie mieli własnych lokali, nie mieli miejsca gdzie mogliby się spotykać. Stąd najczęstszym miejscem ich spotkań były prywatne domy lub ustronne miejsca pod gołym niebem. Spotykali się tam gdzie tylko mogli. Czy zatem liturgia pierwszych chrześcijan mogła przyciągnąć, zainteresować poganina czy obcokrajowca? Z pewnością spotkania wspólnot chrześcijańskich nie mogły rywalizować z wielkimi ceremoniami pogańskimi, ale jeśli ten obcokrajowiec posiadał ducha religijnego, to owa prostota i porządek spotkań liturgicznych mógł go skłonić do refleksji.

W rozdziale trzecim zajmujemy się nawróceniem rodzin szlacheckich. (*La conversión de las familias nobles*) Nawrócenie rodzin ze szlachty rzymskiej (i nie tylko rzymskiej), było wpisane w tworzenie grup, wspólnot chrześcijańskich także w wyższych warstwach spo-

łecznych. Nie byli to zatem tylko ludzie należący do nizin społecznych, ale osoby pochodzące z rodzin senatorskich, czy nawet z domów królewskich. Wśród nawróconych byli m.in. Iunia Lepia Crispina z Thagara, Soteris, Cassia Faretria, Curtia Catiara, Fabia Speranda, Hydria Tertulla, C. Iulius Nestorianus, Vet. Publicus Potitus i wiele innych osób i całych rodzin.

Pluralizm społeczny był rysem charakterystycznym i dominującym wśród pierwszych wspólnot chrześcijańskich. I chociaż większość z tych, którzy przyjęli wiarę chrześcijańską wywodziła się z niskich warstw społecznych (niewolnicy, kupcy, zwykli żołnierze), to nie można jednak zapomnieć o arystokracji, ludziach wywodzących się ze szlachty, którzy odegrali ważną rolę w rozpowszechnianiu Ewangelii i tworzeniu pierwszych struktur personalnych w organizacji pierwotnego Kościoła. Oni bowiem oferowali swoje domy na spotkania czy środki materialne potrzebne do ich funkcjonowania. W pierwszych wiekach trudno jest mówić o przejrzystych, ukształtowanych strukturach organizacyjnych Kościoła. Niemniej jednak analizując zjawisko nawracania się na chrześcijaństwo, można postawić tezę, iż miało ono charakter personalny i w konsekwencji tworzyło – bardzo jeszcze niedojrzałe – personalne struktury organizacyjne pierwszych wspólnot chrześcijańskich.